

CARTA ABIERTA A ARTURO PEREZ-REVERTE

En un artículo suyo nos cuenta los “duelos y quebrantos” - nada culinarios – de un profesor de latín “vencido”. Y la derrota consiste en “el desguace de la educación”. Ciertamente tiene buena parte de razón. Algo huele a podrido en el sistema cuando un alumno, en las puertas mismas de la universidad, afirma que “el Quijote lo había parido don Juan Manuel”. ¿Acaso no hay filtros tan finos que eviten traspasar los besugos? Sin embargo, situado en medio del camino de mi vida, que lleva de la vieja generación a la generación del relevo, puedo como la diosa Jano mirar al futuro que viene y al pasado que se va. Decían los griegos – cita clásica que no le disgustará – la máxima sabia “de nada en exceso”. Muchos de nuestros jóvenes son analfabetos *sensu stricto*. Nunca han oído hablar de Homero ni saben nada de las guerras púnicas. Y ello es un grave error pues no podemos hacer tabla rasa de los fundamentos de nuestra cultura. El adanismo -pecado juvenil - solamente nos lleva a vestir hojas de parra. Ahora bien, hay otra forma de analfabetismo moderno, una forma que se manifiesta en no saber mandar un correo

electrónico ni tampoco descargarse un archivo de internet. En el fondo, *mutatis mutandis*, estamos ante una variante de la vieja “querrela entre los antiguos y los modernos”. Su profesor de latín (¿ficticio o real?) señala que en su centro apenas hay cuarenta estudiantes de secundaria que aprendan la lengua de Virgilio. ¿Qué diría sabiendo que en cierta universidad española a mediados del siglo XIX había cincuenta estudiantes matriculados en teología y solamente cuatro en matemáticas?

Pero tiene usted mucha razón. El latín es una herencia histórica que no podemos dilapidar en el altar de los móviles y de las tabletas. Ni siquiera los virus troyanos de la informática pueden desprenderse de referencias a la cultura grecolatina. Claro está que el amor desmesurado nos lleva a la pasión y esta pasión nos conduce a la ceguera. Vale que se mencione a san Isidoro de Sevilla (pues de los godos todos tenemos un poco); o bien alabemos a la Escuela de traductores de Toledo o señalemos el sustrato clásico de las obras de nuestro Siglo de Oro. Ahora bien, creer que la España de “charanga y pandereta” de Machado es la misma nación que alumbró a tres emperadores y a un retórico nacidos en la Hispania romana revela una visión historiográfica demasiado caduca, por mucho amor que se tenga al latín.

La “degradación de la educación” solamente procede de la relajación en la exigencia y la falta de selección de los mejores. No es cuestión de “hacer desaparecer el latín y el griego” sino de “redimensionarlos” en concordancia a las necesidades de los tiempos actuales. Como la vírgenes vestales, unos cuantos latinistas bastan para mantener el fuego sagrado del saber antiguo y no ser como aquellas otras vírgenes imprudentes que se duermen sin velar.

Pablo Galindo Arlés

27 de diciembre de 2020